

COMPARTIR LA MISMA MESA A PESAR DE LAS DIFERENCIAS Y LOS CONFLICTOS*

*Gilbert Mbula Niyitegeka***

Fecha de recepción: 20 de junio de 2012
Fecha de aprobación: 30 de julio de 2012

Resumen

Diferencia y conflicto son dos aspectos de los que pocos desean hablar. Incluso en el círculo cristiano pensamos que son realidades lejanas a nosotros que solo otros experimentan. Nos sorprendemos al acercarnos a la realidad antropológica de comer y de comer juntos, constitutiva de todo ser humano, porque desde ella podemos encontrar fundamentos de nuestra celebración eucarística de cada día. Mientras todo el mundo se hace las preguntas de qué comer, cómo comer, con quién comer, en dónde comer, nosotros invitamos a reafirmar nuestra identidad en compartir la misma mesa a pesar de las diferencias y los conflictos. Esto ha sido nuestro intento y lo presentamos como trabajo académico al finalizar nuestro ciclo de estudios teológicos, para hacer así un acercamiento simbólico-existencial al sacramento de la eucaristía.

Palabras clave: *Mesa compartida, comensalidad, eucaristía, sacramentalidad, inclusión.*

INTRODUCCIÓN

Estamos en una de las grandes encrucijadas de la historia: en lo religioso, lo axiológico, lo económico, lo político; en la organización de la vida familiar; en las relaciones entre individuos y entre grupos sociales, en

* Síntesis de la tesina presentada para la obtención del grado de Bachiller en Teología, dirigida por el profesor Sergio César Espinosa. Sustentada el 24 de mayo de 2012.

** Estudiante de Teología en el Instituto de Formación Teológica Intercongregacional de México D.F., afiliado a la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Javeriana; Licenciado en Filosofía. Misionero Xaveriano. Correo electrónico: gilmbula@hotmail.com

las relaciones entre países... Es una transformación que no deja nada al margen. En el contexto de estas profundas mutaciones, hablar de solidaridad como de entrega, de repartir como de compartir, de justicia como de honestidad, de dignidad como de fraternidad, del encuentro como de la celebración (encontrar al otro y celebrar con él), de agradecer como de perdonar y de experimentar el perdón ya no tiene los mismos parámetros de antaño, ni se plantea como hace poco tiempo (solo por mencionar los cambios que se introducen con la llamada posmodernidad).

Hoy, más que nunca, se experimenta la historia de la humanidad como historia de violencia y competitividad. Frente a este contexto, pretendemos presentar la eucaristía en claves de gratuidad y de vida compartida. Afirmamos que la eucaristía es un gozoso compromiso de solidaridad y justicia humana que los cristianos debemos asumir cada vez más y con mayor razón.

En la presentación que hacemos no perdemos la esperanza. Al contrario, nos alienta ver que en la coherencia de la vida de Jesús renace la esperanza de continuar creyendo en los valores cristianos de la amistad, la intimidad, el acto de compartir, el respeto a la vida, y sobre todo, la relación con Dios, para que se confirme la certeza de que incluso en medio de los conflictos él también cumple su voluntad.

Consideramos que la realidad sacramental –y la realidad eucarística en particular– ofrece al cristiano y al hombre de hoy y de todos los tiempos la oportunidad de encontrarse y vivir su identidad, de participar, en colaboración con los demás, en un proyecto estable, de realizarse y de afirmarse plenamente con la trascendencia. Se trata de una renovación eucarística en la que lo significativo incluye la calidad de las relaciones humanas y poder compartir de manera fraterna, y no solo los elementos materiales o el rito.

El nexa “a pesar de” puede considerarse como la clave misma de la pertinencia de nuestro tema, dado que deseamos encontrar y plantear una superación en el acto de compartir, incluso sin suprimir nuestras diferencias y conflictos. Eso es el dato cristiano y sacramental que consideramos como un *plus* al hecho antropológico de comer y de comer juntos.

Después de entusiasmarnos con la propuesta de “seguir dando razón de nuestra fe”, nos proponemos seguir tres pasos: la fe que acoge

y escucha; la fe que se interroga y busca comprender; la fe que actúa y transforma. Es así como consideraremos –aunque sin separarlos, dada la circularidad que hay entre ellos– los tres pasos de *auditus*, *intellectus* y *actio fidei*. Y lo hacemos manteniéndonos atentos a los signos de los tiempos e intentando comprenderlos y animar a un cambio en la praxis de la vida.

UNA COMENSALIDAD CONFLICTIVA

La eucaristía es originaria y fundamentalmente una comida. Si hoy se celebra lejos de toda realidad vivida, se debe en parte a la ignorancia del ambiente humano en que tomó forma. “Es ante todo la comida humana, el hecho del comer, que deviene sacramento dentro de una vivencia de fe en la Palabra dinámica, eficaz, de Jesús.”¹

La eucaristía se arraiga en el simbolismo que ya de por sí posee la comida humana, y es allí –entre otras– que nos podemos situar para referirnos a ella como comensalidad conflictiva. Resulta conflictiva si tomamos en cuenta las raíces humanas de comer y beber entre personas cuya manifestación resulta problemática en sí misma, dado que cada quien busca su propia satisfacción y beneficio a costa del hambre de los demás (ver 1Co 11,17-33); pero también es conflictiva por los cambios de esquemas que nos propone y que acontecen ocasionándonos conflictos. Así entiendo lo que Philip Rosato² maneja como confrontación y provocación a la conversión. En ello vemos el advenimiento de un mundo nuevo, de una nueva fraternidad, de una dimensión nueva.

La “comensalidad”, por un lado, constituye las relaciones positivas entre personas en el seno de la sociedad; y por otro, la relación que se establece entre los convidados que tienen el placer de comer juntos. De ahí que, para penetrar el sentido de la eucaristía, podemos considerar su base antropológica y el suelo simbólico en el que se fundamenta.

A partir de la realidad de la comida humana, en su doble vertiente de don y conflicto, se quieren poner bases de la sacramentalidad, para finalmente recuperar la “comida de Jesús” como trampolín que nos lle-

¹ Maldonado, *Eucaristía en devenir*, 11.

² Rosato, “La transocialización de los elementos eucarísticos”, 225.

vará al planteamiento de cuerpo entregado y sangre derramada. No pretendemos tan solo fundamentar antropológicamente el hecho de comer, sino también subrayar cómo las insoslayables diferencias pueden llegar a ser conflictivas pero constitutivas.

La eucaristía será presentada a continuación precisamente como esa comensalidad que proponemos para superar nuestras diferencias y conflictos. Esto es llegar a asumirlos e integrarlos en un nuevo modo de relacionarnos, en una forma de compartir que supera las competitividades y exclusiones.

Comida: don y conflicto

Una de las exigencias más elementales y esenciales de la persona humana es la de tener cada día la comida necesaria para la propia subsistencia. Los actos de comer y beber constituyen asimismo algunas de las señales de identidad más importantes de cualquier cultura. En esta experiencia rudimentaria, entre otras cosas, el hombre bordea sus límites y estructura su vida: establece con quién comer, qué se puede comer, cómo, dónde y cuándo hacerlo, y hasta en qué orden han de estar los comensales.

Si, por un lado, estos elementos que podemos calificar de corporalidad, socialidad e historicidad revelan al hombre en el hecho de comer como un ser conflictivo, por el otro, no podemos callar que el ser humano ha sido concebido y ha nacido para agradecer y celebrar la vida:

Comer es vivir, y vivir humanamente es compartir el alimento, suscitando de esa forma grupos o comunidades de hermanos y amigos que cultivan de forma agradecida y gozosa el don que el mismo Dios les ofrece, haciéndoles capaces de dialogar en torno a una mesa.³

La alimentación sigue siendo ciertamente uno de los grandes temas-problema de nuestro tiempo. Más allá de ser un acto biológico, la comensalidad va hasta el nivel social y comunitario, y es allí donde nos resulta fácil el planteamiento de humanización. Desde luego, el hecho de comer pasa de la animalidad hacia la humanización solo cuando se abre a la coexistencia, a la hospitalidad y a la comensalidad. Parece imposible

³ Pikaza, *Para celebrar: fiesta del pan, fiesta del vino. Mesa común y eucaristía*, 33.

renunciar a las diferencias que nos caracterizan, y sin embargo, estamos ante este reto de poder compartir, de poder comer juntos.

El mundo eucarístico y la existencia sacramental del hombre

La eucaristía llega a ser configuradora, constitutiva de la existencia cristiana. A partir de lo humano, se trata de ofrecer el respaldo de una teología eucarística. Con eso entramos en el mundo eucarístico y en la existencia sacramental del hombre con la pregunta epistemológica en torno del carácter constitutivo del sacramento como signo o como símbolo.

Signo y símbolo están siempre mezclados en lo concreto, y es difícil afirmar unilateralmente “esto es un signo” o “esto es un símbolo”. Una misma realidad, de hecho, puede ser signo o símbolo. El símbolo se distingue del signo, como concepto más amplio y formal, por su mayor adecuación, es decir, por una cercanía mayor del signo visible a lo significado. La lógica del signo es la del valor –según L.M. Chauvet–, mientras que la del símbolo es la del no-valor.

El signo es valor de conocimiento y pertenece al orden objetivo del conocimiento y de la información en el nivel del valor canjeable; se caracteriza porque el significante es arbitrario o convencional en relación con el significado, debido a un pacto entre los hombres. Y el significante y el significado no pertenecen al mismo orden de la realidad (por ejemplo, las señales de tráfico).

Por el contrario, el símbolo es mediación de reconocimiento, y en este sentido es característico de la estructura sacramental. Esto implica que, en el símbolo, el significante está naturalmente relacionado con el significado, aunque respondan a distinto orden de la realidad.

El símbolo nos mantiene en el orden del reconocimiento y no del conocimiento, de la interpelación y no de la información: es mediador de nuestra identidad de sujetos en el seno del mundo cultural que lleva consigo. Es el testigo del lugar vacante, de lo otro que nos funda y que se hace presente en la ocultación, del que está entre los dos unificándonos en la diferencia.⁴

⁴ Chauvet, *Símbolo y sacramento*, 123-127.

Nosotros nos inclinamos a entender la eucaristía como símbolo. En este sentido, nos interesa tener presente el proceso de simbolización que coincide con los actos de lenguaje, como los describe Austin. Una primera dimensión es la “locutoria” y corresponde a lo que explícitamente se dice de algo. Es el acto de decir algo. Una segunda dimensión es la “ilocutoria” y corresponde a lo que implícitamente se dice al decir algo. Finalmente, una tercera dimensión, la “perlocutoria” consiste en el efecto exterior producido por el hecho de decir algo.

No es difícil entonces darse cuenta de la libertad que implica el sacramento en cuanto símbolo: “El signo remite a la ausencia de la relación, mientras el símbolo (como regalo, como don) establece la relación en ausencia.”⁵

Las comidas van jalonando el ministerio del Nazareno, de modo que en la actualidad ya no se ve el origen de la eucaristía solo en la última cena con sus discípulos, sino también en las comidas a lo largo de su vida. En ellas, Jesús asume y ratifica su relación con los pecadores, las multitudes y los discípulos. No renuncia a este estilo aun cuando su conducta al compartir la mesa llame la atención y merezca la reprobación de los fariseos.

Jesús, con su comida, o mejor aún, con sus comidas, ha culminado y superado los ritos judíos en libertad, y abre con ello un camino de vida-comida compartida. La comida de Jesús es pan para que haya vida, y es signo de comunión y solidaridad.

Con Jesús, el acto de comer expresa también una relación con la realidad creada. Es recuerdo de una tarea común de solidaridad. Es también signo de trabajo del hombre. Es manifestación de una necesidad del hombre que padece hambre y sed. Es signo de benevolencia y acogida. Por eso, es momento privilegiado de relación y comunicación interpersonal.

La irrupción de Jesús y su práctica liberadora nos indica que hay una forma de comer y una forma de beber que son imagen de la irresponsabilidad ante Dios, que nos lo está dando todo. En otras palabras, podríamos decir que estamos siendo irresponsables todas las veces que

⁵Ibid., 110.

permanecemos egoístamente insensibles a las necesidades de los demás. “Lo que Jesús ve como una ofensa moral, al ver el contraste entre rico y pobre, por ejemplo, e indica claramente que pan y vino han de ser socializadas de distinta manera.”⁶

CUERPO ENTREGADO Y SANGRE DERRAMADA

Jesús, para condensar su vida, echa mano de los dos símbolos más profundos y universales en las relaciones humanas: el pan, símbolo de la necesidad⁷, y la copa de vino, símbolo de la alegría. Partir el pan equivale a compartir la necesidad humana, y pasar la copa equivale a comunicar la alegría. Ese doble gesto, que es profundamente humano, simboliza así la vida entregada de Jesús, y se convierte en símbolo eficaz de su presencia en medio de los suyos.

En el cuerpo entregado y sangre derramada, Jesús asume y culmina con su muerte sus comidas con los pecadores. Asimismo, culmina el banquete abierto de las multiplicaciones, su anuncio y promesa del Reino.

Durante toda su vida Jesús se estuvo dando, nunca lo vemos reteniendo para sí. Pone su tiempo, su corazón, todos sus dones, al servicio de todos aquellos con los que se encuentra. Pero hasta su muerte [...]. Muere para que el don sea total, resucita para que alcance a todos los hombres.⁸

“Este es mi cuerpo”

Al detenernos en la palabra y el gesto, vamos descubriendo que esa palabra (“este es mi cuerpo”) y ese gesto (partir y compartir el pan) constituyen la esencia afectiva y social de amor y justicia del cristianismo, la verdad del Evangelio. Las consideraciones de tomar, agradecer, partir, compartir, distribuir, entregar, están hechas mirando aquello que en la celebración de la eucaristía aparece recordado, representado, dicho y recibido, y que va configurando la vida y la identidad de quienes participamos en ella.

⁶ Rosato, “La transocialización de los elementos eucarísticos”, 225.

⁷ Lo asimilo a la comida en general y lo considero como símbolo de la necesidad, llámese de sobrevivir o no; la realidad es que todos experimentamos que nos hace falta cuando el organismo nos lo reclama.

⁸ Guillet, *De Jesús a los sacramentos*, 21.

De acuerdo con X. Basurko, al considerar que no podemos entender adecuadamente esta cena de Jesús si no la situamos dentro del horizonte general de su vida, en la que la comensalidad constituye una dimensión fundamental, la afirmación de que el pan es su cuerpo fue expresada por Jesús en el marco de una exhortación, de una llamada. Esa palabra no se dirige directamente al pan, sino a los discípulos. La relación primaria que se establece no es entre Jesús y el pan, sino entre Jesús y sus discípulos, entre Jesús y la comunidad de sus creyentes.⁹ Por ende, no nos alejamos de los existencialistas y fenomenólogos que con transignificación y transfinalización destacan

...la presencia de Cristo como el Señor glorioso, que se da a sí mismo, como portador de la salvación, a la comunidad creyente. Así como también la reciprocidad del encuentro por parte de la comunidad que, con su fe y su celebración, entiende y acepta la donación de su Señor y entra en comunión con él.¹⁰

El sentido primario de partir no es propiamente la destrucción, sino la distribución del pan. Jesús parte el pan para poder distribuirlo, gesto que la tradición eucarística ha interpretado en línea de donación y entrega de vida. En efecto, a nuestro modo de ver, partir el pan es mucho más que un gesto ritual; es una forma de comer que expresa una forma de vivir. Como tal, se trata de partirse la vida, de vaciarse. Compartir es amar, dialogar y cultivar la libertad.

“Esta es mi sangre”

Pan y vino aparecen en paralelo. Al ofrecer a sus amigos el pan, Jesús les habla, les invita de manera personal, y los toma como personas capaces de entender y acoger su gesto. El signo de Jesús es el pan compartido, pan que suscita y crea cuerpo. El pan hecho cuerpo expresa la vida mesiánica, que se da y acoge, se goza y comparte, en comida de justicia y fiesta. Si el pan es alimento principal del que nadie puede prescindir, que simboliza la cotidianidad de la vida en su variada gama de situaciones y sentimientos, el vino hace intervenir el factor de la gratuidad, que sugiere una plenitud de vida, la experiencia de dicha y la felicidad (Sal 104,15).

⁹ Basurko, *Para comprender la eucaristía*, 48.

¹⁰ Aldazábal, *La eucaristía*, 316-317.

El cuerpo puede y debe entregarse como regalo gratuito y gozoso, de madre y padre que transmiten y comparten vida. Por eso, la sangre derramada de Jesús es sangre de la alianza, sangre en memoria de mujeres y de víctimas que dan vida derramando sangre, y es sangre para el perdón.

El sacramento no radica exclusivamente en el pan y el vino aislados en sí mismos, sino en el pan y el vino en cuanto asumidos y utilizados por una comunidad que se sirve de ellos como “dones”, como instrumentos y vehículos de interrelación y de comunión interhumana.¹¹ De allí que el rito tenga una tremenda conexión con la vida. Simboliza y actualiza el compromiso supremo de entregar la vida para salvar y liberar a quienes tienen hambre y sed de justicia (Mt 5,6).

MEMORIAL DEL SEÑOR: EUCARISTÍA Y COMPROMISO SOCIAL

Una preocupación frecuente entre las personas y grupos cristianos implicados en el proceso social se refiere a la incidencia de lo que celebramos: ¿Qué rasgos tiene? ¿Qué aporta a nuestro trabajo y a nuestra presencia? ¿Cómo nos puede impulsar a comprometernos de verdad con los excluidos? Aquí nos jugamos algo esencial a nuestro compromiso cristiano con el Dios que se nos manifiesta entregándose.

El memorial que hacemos en la eucaristía no puede separarse de un compromiso verdadero que se transforme en encuentro, liberación e inclusión de todos.

No puede efectuarse en verdad una relación con Cristo sin efectuar simultáneamente, en verdad, también una relación con el prójimo, relación que pide ser incorporada históricamente en la práctica de la reconciliación entre los hombres.¹²

Con J.M. Castillo –quien sostiene que “donde no hay justicia no hay eucaristía”¹³– afirmamos que donde no hay inclusión y entrega en favor de los demás no hay eucaristía.

¹¹ Gesteira Garza, *La eucaristía: misterio de comunión*, 243.

¹² Chauvet, *Símbolo y sacramento*, 320.

¹³ Castillo, “Donde no hay justicia no hay eucaristía”, *Mercaba*, <http://www.mercaba.org/ARTICULOS/C/CastilloJusticiaEucaristia.rtf> (consultado el 14 de septiembre de 2011).

El espíritu de amor y fraternidad que proclamamos con nuestros labios debería señalar e inspirar nuestras acciones en favor de la justicia. Sin ello, “nuestros esfuerzos perderán su significación cristiana y podrán muy bien terminar esclavizándonos en lugar de liberarnos”.¹⁴

En efecto, es más fácil “verborrear” que abrir la mesa. ¿Qué ocurrió en Corinto para dar lugar a la enérgica intervención del apóstol? Según 1Co 10,1-13, los corintios profesaban un sacramentalismo excesivo. Lo mismo debería recordarnos hoy Pablo, con toda claridad, que los sacramentos no constituyen una panacea de salvación si nuestra existencia en su conjunto no es del agrado de Dios.

Eucaristía: lugar de encuentro

Se trata de un encuentro en el plano de las relaciones interpersonales y humanistas. La eucaristía es camino de acceso al Padre, por medio de Jesús, quien da su Espíritu. Así, es encuentro, no solo con el Dios trino, sino también con nuestros hermanos. No cabe duda de que lo que Jesús hizo, hace más de dos mil años, es una experiencia humana que se inscribe en nuestra historia hoy, en la historia de cada cristiano de manera recíproca, dinámica y progresiva.

Así ve la memoria M. Gesteira Garza: no como algo estático, sino constituida por un dinamismo que va *in crescendo*. “En la celebración del memorial, a la vez que se va realizando el encuentro progresivo del hombre con Cristo, es el propio hombre el que deberá irse encontrando consigo mismo y con otros.”¹⁵ Eso remite a que el encuentro con Cristo solo va acaeciendo en la misma medida en que acaece el encuentro con nosotros mismos y con los demás.

La expresión de anamnesis del Señor hace patente la conexión entre la eucaristía y la acción transformadora en favor de nuestros hermanos. Desgraciadamente, este dato fundamental ha sido ignorado por generaciones enteras de cristianos. La anamnesis permanente del Señor aporta el testimonio de que el Resucitado es el crucificado, el que

¹⁴ Arrupe, *Hambre de pan y de Evangelio*, 56-57.

¹⁵ Gesteira Garza, *La eucaristía: misterio de comunión*, 411.

ha entregado la vida por los demás, el que ha concebido y enseñado la existencia como pro-existencia.

La comensalidad con el Resucitado impone al creyente individual y a la comunidad cristiana, como tal, un nuevo estilo de vivir en el mundo (Hch 5,20). La acción anamnética que celebramos en la eucaristía debe llevarnos a “estar dispuestos no solo a compartir los bienes con los necesitados, sino también a ser misericordiosos y caritativamente solidarios con ellos, promoviendo en todo momento la libertad, la justicia, la paz y la reconciliación”.¹⁶ Decimos, en efecto, y ojalá sigamos haciendo el esfuerzo de vivirlo:

Danos entrañas de misericordia ante toda miseria humana, inspíranos el gesto y la palabra oportuna frente al hermano solo y desamparado, ayúdanos a mostrarnos disponibles ante quien se siente explotado y deprimido. Que tu Iglesia, Señor, sea un recinto de verdad y de amor, de libertad, de justicia y de paz, para que todos encuentren en ella un motivo para seguir esperando.¹⁷

Es sumamente significativo que hagamos el memorial del Señor en el Espíritu y por el Espíritu. En referencia a compartir de la misma mesa, a pesar de las diferencias y los conflictos, el Espíritu se nos manifiesta –de acuerdo con L.M. Chauvet– como la diferencia de Dios inscrito en la corporeidad humana. Él es Dios en cuanto diferente, indomitable, siempre huidizo, como el viento que sopla donde quiere (Jn 3,8).

Celebrar la eucaristía desde la diferencia de Dios, que toma cuerpo en la diferencia de los sujetos humanos, nos ha de llevar a una simultaneidad entre lo que celebramos y el testimonio del otro. No nos cabe duda de que Cristo resucitado sigue tomando cuerpo por el Espíritu en el mundo y la historia, y que Dios sigue adviniendo en la corporeidad humana.

A este Dios dirigimos nuestra acción de gracias y la alabanza presente en el memorial del Señor. Así, el memorial del Señor anuncia algo nuevo. Se trata de la prolongación de la práctica liberadora de Jesús. Tal es el único oficio, la tarea gozosa y salvadora de la historia: “Aprender

¹⁶ Borobio, *Eucaristía*, 392.

¹⁷ Conferencia Episcopal Mexicana (ed.), *Misal romano*, PE V/b.

a ser humanos en plenitud, con el mismo Dios que por Jesús ha venido a convertirse en compañero nuestro, entregándonos su vida.”¹⁸

Vivir eucarísticamente

La gratuidad, la acogida, la donación y la universalidad pueden constituir un punto de partida de nuestro vivir eucarísticamente y llevarnos a desarrollar una espiritualidad de libertad y comunicación. Eso es afirmar que Dios es proceso y comunión interpersonal; y reconocer que, en nuestra Iglesia, este Dios es ignorado si nos cerramos al extraño, calla si olvidamos el perdón, pasa hambre si no llegamos a compartir todo, pasa frío si nos negamos a arder en la misma Iglesia y hacia afuera. Con esto, no queremos considerar la eucaristía como “poción mágica”.

Los sacramentos, en efecto, no son realidades que operen mágicamente sino enfatizan que no hay anamnesis de Cristo sin participación con el hermano: “No hay eucaristía sin voluntad eficaz de hacer saltar las barreras del egoísmo, los caparazones de la indiferencia o del desprecio.”¹⁹ De igual manera, no hay doxología, glorificación de Dios, sin participación con el hermano.

Vivir eucarísticamente recoge y confirma, en tiempo de la Iglesia, algunos momentos fundamentales de la vida de Jesús: la comida con los pecadores, la comida abierta y las multiplicaciones. Por ahí podríamos orientar nuestra práctica, nuestra entrega generosa y liberadora en favor de todos los hombres y mujeres de la Tierra.

Prolongar la práctica de Jesús, con tal de vivir eucarísticamente, puede merecer la calificación de una espiritualidad que nos permite contemplar a Dios en los márgenes de la historia y narrar dicho encuentro; e introducirnos, de alguna manera, en el mismo movimiento vital de Dios: un Dios compasivo, fiel, resistente al mal, inclusivo, que genera alternativas, tiende puentes, acompaña; y sobre todo, un Dios que se baja para mirar y liberar (Ex 3,8).

¹⁸ Pikaza, *Para celebrar: fiesta del pan, fiesta del vino*, 284.

¹⁹ Fermet, *La eucaristía: teología y praxis de la memoria de Jesús*, 95.

CONCLUSIÓN

Tal vez no haya dificultad para entender la eucaristía si la planteamos solo como un encuentro con Jesús, con Dios entregado y entregándose en las manos de la humanidad. En el momento en el que la planteamos como un encuentro con la humanidad a la que nos debemos entregar, más que encuentro, se vuelve tropiezo.

Los seres humanos no debemos perder nunca la capacidad de sentarnos con otros seres humanos, en una mesa común, para intercambiar nuestros puntos de vista sobre lo que le está sucediendo a cada uno, y compartir las maneras de afrontar esa realidad, por muy dura y compleja que sea. Entre todos, debemos buscar siempre respuesta a las nuevas situaciones planteadas y descubrir la salida a los problemas que vamos encontrando, en una época como la nuestra, que invita más al individualismo y al disfrute del momento presente, sin mirar para nada a los que viven cerca de nosotros. Es imposible celebrar la eucaristía sin vivirla antes que nada como un encuentro con toda la humanidad, con toda la historia y con toda la creación.

La fe en nuestro Dios es, por naturaleza, convival. Conscientes de ello, aquí no hemos querido presentar una espiritualidad de la mesa, sino una praxis desde el acto de compartir de la misma mesa, que sea en verdad incluyente. Evidentemente, no hemos sido indicativos –ni hemos pretendido serlo– en la propuesta práctica, porque Dios sigue llamando hoy a la libertad y sigue abriendo caminos hacia la misma.

Esto, porque las comunidades son las que han de discernir las opciones y los compromisos que conviene asumir para realizar las transformaciones sociales, políticas y económicas necesarias en cada caso, y así seguir encontrando el modo y la manera de crear esa comunión que se refleja en una mesa compartida de amor y de esperanza.

BIBLIOGRAFÍA

Aldazábal, José. *La eucaristía*. Barcelona: Centro de Pastoral Litúrgica, 2000.

Arrupe, Pedro. *Hambre de pan y de Evangelio*. Santander: Sal Terrae, 1978.

- Basurko, Xavier. *Para comprender la eucaristía*. Estella (Navarra): Verbo Divino, 1997.
- Borobio, Dionisio. *Eucaristía*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2000.
- Castillo, José María. “Donde no hay justicia no hay eucaristía.” *Mercaba*, <http://www.mercaba.org/ARTICULOS/C/CastilloJusticiaEucaristia.rtf> (consultado el 14 de septiembre de 2011).
- Chauvet, Louis-Marie. *Símbolo y sacramento: dimensión constitutiva de la existencia cristiana*. Barcelona: Herder, 1991.
- Conferencia Episcopal Mexicana (ed.). *Misal romano*. México, D.F.: Obra Nacional de la Buena Prensa, 2002.
- Fermet, André. *La eucaristía: teología y praxis de la memoria de Jesús*. Santander: Sal Terrae, 1980.
- Gesteira Garza, Manuel. *La eucaristía: misterio de comunión*. Madrid: Cristiandad, 1983.
- Guillet, Jacques. *De Jesús a los sacramentos*. Estella (Navarra): Verbo Divino, 1991.
- Maldonado, Luis. *Eucaristía en devenir*. Santander: Sal Terrae, 1997.
- Pikaza, Xavier. *Para celebrar: fiesta del pan, fiesta del vino. Mesa común y eucaristía*. Estella (Navarra): Verbo Divino, 2000.
- Rosato, Philip. “La transocialización de los elementos eucarísticos.” *Selecciones de teología* 163 (2002): 223-240.